

# *Historiografía española e Historia nacional: la caída de los mitos nacionalistas*

*Carlos Forcadell Álvarez*

Universidad de Zaragoza

El debate suscitado por el «Plan de mejora de las Humanidades» y por el conocimiento del documento encargado a la Fundación Ortega y Gasset para revisar la enseñanza de las ciencias sociales (Historia, Geografía) en la ESO tiene un origen político, pues procede de una decisión política formulada por la Ministra de Educación y Ciencia en otoño de 1997, y se ha venido desarrollando en un plano exclusivamente político e ideológico, en el que las espadas se han cruzado en un terreno acotado por las diversas percepciones de la relación entre la enseñanza de la historia y el hecho nacional. De modo que los profesionales, investigadores y docentes de la Historia, han asistido sorprendidos y algo desconcertados a un tipo de discusiones que, desde su dimensión y práctica profesional, consideraban perfectamente periclitadas, habituados a explicar cómo cualquier tipo de nacionalismo, en cualquier tiempo y lugar, deforma, pervierte y manipula la memoria histórica. Medio siglo hace, por lo menos, en Europa y por ventura, que los historiadores consideran que el desmontaje de mitos políticos o sociales disfrazados de historia forma parte de sus obligaciones profesionales, compartiendo de modo general la convicción de que «es muy importante que los historiadores recuerden la responsabilidad que tienen y que consiste ante todo en permanecer al margen de las pasiones de la política de identidad, incluso si las comparten. Después de todo, también somos seres humanos» (Hobsbawm, 1998). Al fin y al cabo, hasta un nacionalista tan inequívoco como E. Renan se había dado cuenta en «su» Francia del pasado siglo que olvidar y malinterpretar la historia era un acompañamiento necesario a la formación de una

naClOn, «motivo por el cual el progreso de los estudios históricos es a menudo un problema para la nacionalidad».

De modo que la profesión, ocupada en el «progreso de los estudios históricos», entretenida con el peso de las estructuras, el papel de las acciones humanas colectivas, la erosión de los grandes paradigmas universalistas situados entre los extremos del funcionalismo y del marxismo, la microhistoria o el giro lingüístico, a la búsqueda de nuevos sujetos históricos y agentes sociales, andaba mayoritariamente por otros sitios cuando le han venido a recordar lo importante que para la cultura y el sistema educativo español sigue siendo la nación y el nacionalismo, obligándole a volver la vista atrás. Así las cosas, se puede deducir fácilmente que esta intervención se propone argumentar que la historiografía profesional española hoy no es nacionalista y que los mitos fundantes del nacionalismo español –un objeto de explicación, pero de no de defensa o de ataque–, necesarios desde comienzos del XIX para socializar y afirmar la nueva nación y el nuevo Estado liberal, fueron contruidos, como en todos los casos, a base de imaginación, fantasía y desmemoria, pero hoy están desactivados, se encuentran alejados de las preocupaciones de los historiadores, o se han convertido en materia objetivada de la crítica histórica, en objetos arqueológicos de la historia de la historiografía; esta valoración podrá parecer excesivamente optimista a algunos, especialmente a quienes atribuyan a su identidad territorial o nacional más importancia que a otro tipo de identidades –lo cual es legítimo, pero no de obligado cumplimiento–, pero nadie, desde la perspectiva profesional, negará que, en todo caso, es un horizonte necesario. De aquí se deriva lógicamente la necesidad de que esta realidad, imprescindible hoy en cualquier nivel de la profesionalización historiográfica, sea tenida en cuenta a la hora de su traslado, consecuente y eficaz, a los niveles educativos secundarios y universitarios.

Si se aplican unos criterios exigentes de profesionalidad también es difícil encontrar envejecidas y amarillentas concepciones de la historia como instrumento de persuasión nacionalista en la historiografía catalana, vasca, gallega, andaluza..., o en la voluminosa producción historiográfica de ámbito territorial y local. Los historiadores profesionales vascos no resultan muy proclives al nacionalismo historiográfico, que ha tenido escaso arraigo en las estructuras universitarias, y la historiografía más profesional y rigurosa se ha consolidado al margen del nacionalismo (J. L. de la Granja, 1995). Los historiadores vascos se

han ocupado más bien, y no sin riesgo, en llevar a cabo una sistemática racionalización y desmitificación del imaginario histórico nacionalista, desde la historia política (J. Corcuera), desde la crítica filológica (J. Juaristi), desde la antropología (I. Aranzadi)..., cumpliendo la obligación cívica y profesional de «deconstruir» mitologemas como si fueran artefactos (explosivos) de relojería que es necesario desactivar.

Los historiadores catalanes advirtieron tempranamente sobre el hecho de que las reacciones contra las legitimaciones históricas del nacionalismo español caían en las mismas desviaciones que pretendían atacar, recurriendo a mitos e invenciones contrapuestos pero paralelos, en la medida en que se sustentaban en concepciones historicistas y esencialistas de la historia y de la identidad catalanas; se sentían molestos, desde la razón profesional, ante la alternativa que algunos les planteaban -inherente a todo discurso nacionalista-, según la cual o se hacía historia nacional catalana o se hacía historia nacional española (I. de Riquer, 1990). A quienes avisaban del peligro de que las historias nacionales catalanas resultaran ser meras parodias de las envejecidas historias nacionales españolas se les respondió con un panfleto anónimo que les acusaba de estar al servicio del nacionalismo español, al igual que para cualquier tonalidad del nacionalismo político vasco resulta inconcebible que la crítica a sus mitos de identidad no esconda una defensa españolista ultramontana. Una curiosa polémica entre historiadores se proyectó sobre la opinión pública catalana. Y algunos hubieron de recordar algo tan obvio y evidente como que «confondre l'anàlisi del passat amb la catequesi nacionalitzadora equival a confondre la feina de l'historiador con la del Mesies» (P. Anguera, 1993), o que el objeto de la historia no ha de ser «La Patria», sino los problemas y los procesos históricos que afectan a los colectivos humanos. Unas cautelas elementales que ya tenía que recordar para su tiempo un Fustel de Coulanges: «le patriotisme est une vertu, l'Histoire est une science, il ne faut pas les confondre»; hoy, entre nosotros, el término castellano «patriotismo», en creciente desuso, sugiere más enfermedades colectivas que virtudes públicas. Posteriormente los historiadores catalanes, desde su dimensión profesional, e independientemente de sus opciones cívico-políticas, han advertido críticamente sobre las limitaciones de buena parte de las investigaciones recientes, que tienden a estudiar Cataluña como un todo aislado «por militancia, por comodidad o por ignorancia», así como en la necesidad de superar la tendencia al «endocentrismo» de la historiografía catalana (P. Anguera, 1995).

De modo que tenemos una buena noticia: los historiadores profesionales no son nacionalistas, como es propio de sociedades complejas, plurales, heterogéneas y democráticas en las que prevalecen los derechos fundamentales de los ciudadanos como ciudadanos, y no algún tipo de derechos particulares por razones de etnias imaginarias, religión, lengua o historia diferentes. Incluso desde una perspectiva emancipatoria parece elemental discernir que lo importante son los fines: las libertades, la convivencia cívica, el pluralismo, la solidaridad y la cohesión social., y que los mareos (ciudad, territorio, nación) son progresivamente secundarios. Y la noticia es mejor si se comprueba que la escasa propensión de los historiadores al nacionalismo parece generalizada. G. Noiriel (1997) anota que la mayoría de los historiadores franceses ya no son nacionalistas, como en Estados Unidos, en Gran Bretaña o en Alemania. Aunque añade que «si la historiografía francesa sigue siendo fundamentalmente nacional, mientras que la mayoría de los historiadores ya no son nacionalistas, es porque el público al que éstos se dirigen se compone de lectores franceses, interesados por problemas franceses». Pues en estas cuestiones hay que distinguir el plano del laboratorio académico y universitario en el que se produce la investigación histórica, según unas normas más o menos consensuadas por una comunidad profesional y científica, de la proyección de temas y elaboraciones históricas al gran público, un escenario mediático en el que la demanda de conocimiento histórico se cruza con la oferta de los historiadores que buscan los favores del público. Es lo que Habermas, en la famosa disputa de los historiadores alemanes, bautizó como «el uso público de la Historia», distinguiendo un discurso científico en sentido estricto de otro «ético-político» trasladado a la esfera de los medios de comunicación.

De modo que habría que distinguir los tres planos diferenciados en los que se desenvuelven la práctica historiográfica y el conocimiento histórico: el ámbito más profesionalizado o científico en el que se construye el saber histórico, la proyección pública a la sociedad de los temas seleccionados, de sus formas de interpretación y tratamiento, orientada a satisfacer las demandas sociales generales de conocimiento histórico, y el de la regulación de su transmisión al sistema educativo, asunto, este último, que es el que nos convoca aquí y ha abierto la caja de los truenos y, esperemos, también la de la reflexión razonada.

Un análisis del crecimiento y de la renovación historiográfica de los últimos quince o veinte años permite sostener que se ha desplegado

por territorios muy alejados de cualquier tipo de preocupaciones nacionalistas; asociaciones, congresos, revistas especializadas, la producción universitaria que sustenta estos marcos organizativos de presentación de la investigación histórica, no manifiestan ningún interés por ponerse al servicio de alguna causa nacionalista, sino más bien una clara reacción contra toda suerte de planteamientos historicistas o esencialistas que nieguen la posibilidad de operar con supuestos generalizadores. El enorme crecimiento cuantitativo de los estudios de historia local, regional o territorial suele ir acompañado por justificaciones teórico-metodológicas que legitiman la reducción y la multiplicación de la escala y se preocupan por desmarcarse de los riesgos historicistas o positivistas (C. Forcadell, 1996). La progresiva especialización temática y espacial de la historiografía convierte en recuerdos extravagantes e ilegibles las especulaciones sobre «la idea», el «ser» o el «problema» de España, que fueron rodando, por la Academia y por la calle, desde el Regeneracionismo hasta la época del franquismo y que, para algunos, parece que no han dejado de rodar. Para la historiografía profesional española ya no hay mitos nacionalistas a combatir. En general, se observa más proividad a poner las competencias profesionales al servicio de una causa militante, sea el ecologismo, el feminismo, la clase trabajadora o el neoliberalismo, que al servicio de causas nacionales, evidente experiencia, tanto personal como compartida con todos los convocados a esta reunión por la Asociación de Historia Contemporánea. Si esto es así dentro de la profesión, y no sólo en España, no tendría por qué haber mayores dificultades para que los historiadores profesionales se pongan de acuerdo en el marco general de los contenidos que han de transmitirse al sistema educativo; para ello habría que salir del campo de juego que nos han impuesto, el del pleito político, y reconducir el debate a otro terreno, el profesional, desarrollándolo con las normas propias de la comunidad científica a la que pertenecemos; no faltarán aquí desacuerdos y confrontaciones, pero será una «polémica de historiadores» en la que la obligada prevalencia de la dimensión profesional sobre las opciones cívico-políticas personales habrá de facilitar la elaboración de criterios comunes a la hora de proponer una enseñanza de la historia adecuada a la realidad actual de la ordenación autonómica del Estado español y de la existencia de la supranacionalidad de la Unión Europea.

Pero si del plano profesional pasamos a las demandas culturales de consumo de historia y a la escena mediática las cosas ya no están

tan claras, pues ciertamente existe un público que pide legitimaciones históricas de pasados peculiares y de identidades operativas cultural y políticamente en el presente, así como historiadores dispuestos a proporcionarlas, y además se impone la evidencia de que hoy los medios de comunicación visuales y escritos -más próximos al control político de las instituciones que al laboratorio y al oficio del historiador- compiten ventajosamente con la escuela a la hora de transmitir masivamente los «lugares de la memoria» histórica a la sociedad.

No todos estarán de acuerdo, por ejemplo, en considerar que las demandas de un análisis histórico orientado desde la necesidad de reforzar la existencia del actual Estado-nación español existen, pero son más débiles, o menores que en aquellos territorios en los que sectores significativos de la población participan cultural y políticamente en la construcción de una identidad diferenciada desde posiciones políticas explícitamente nacionalistas. En todo caso, hay que valorar positivamente el hecho de que en la política nacional española no haya surgido ninguna organización política que haya convertido al nacionalismo español en el eje central de su actividad pública, cosa que sí ha sucedido en Francia, Italia o Alemania. Se podrá pensar que hay un extendido nacionalismo español implícito, oculto o inconfeso, tan seguro de sí mismo que no precisa movilizarse ni buscar enemigos, pero, en todo caso, es otra buena noticia el hecho de que los ciudadanos españoles no parezcan proclives a manifestaciones nacionalistas, no se entusiasmen con banderas o con ignotos himnos nacionales, carezcan de símbolos, rituales y fiestas patrióticas, como no sea la tan laica como escasamente entusiasta jornada que celebra la promulgación de la vigente Constitución, bien adecuada, por cierto, al «patriotismo constitucional» que Habermas predicaba y recomendaba a sus conciudadanos alemanes como medicina que les ayudara a asumir su pasado histórico.

A nadie se le oculta la existencia de sectores de la opinión pública propensos a identificarse con formas pretéritas de un nacionalismo español unitario y unitarista, pero estas nostalgias no parecen formar parte del discurso oficial de los partidos políticos de ámbito nacional español, mientras que no es difícil encontrar concepciones nacionalistas ciertamente arcaizantes en el corazón doctrinal del nacionalismo vasco -muy visiblemente-, o del catalán. Naturalmente que la política cultural oficial sorprende con programas televisivos que, saltando olímpicamente sobre la condición actual del saber histórico, legitiman burdamente la monarquía, la nación, el liberalismo censitario, la Res-

tauración canovista y lo que sea menester, de modo que no es sólo que España vaya bien ahora, sino que siempre ha ido de la mejor manera posible gracias a la lucidez y al sacrificio de las élites políticas y económicas. Pero muchas propuestas culturales controladas desde los medios de comunicación por gobiernos autónomos nacionalistas resultan ser igual de insostenibles históricamente. La comunidad profesional se encuentra en óptimas condiciones para criticar los usos indebidos e interesados del conocimiento histórico que se dan en cualquier dirección, al igual que para informar sobre las materias y los contenidos del sistema educativo, si es verdad esa afirmación que nadie parece contradecir de que no hay que formar alumnos educados (nacionalmente), sino ciudadanos educados para la crítica, el ejercicio de la libertad personal e intelectual, y las movedizas exigencias de la aldea global.

Como es sabido, el gran protagonista de esta historia, el moderno nacionalismo español, así como su configuración desde comienzos del siglo XIX, su evolución y sus diversas versiones hasta hoy, apenas han merecido la atención de los investigadores, salvo en reflexiones recientes y menores (*Estudios sobre nacionalismo español*, Salamanca, 1994); ni siquiera la actualidad de una perspectiva de historia sociocultural que enfatiza la dimensión de construcción cultural (invención) que tienen las tradiciones, las naciones, las clases o el género ha producido hasta ahora otros resultados que algún título de un hispanista británico atento a la moda y al mercado editorial, con contenidos más conocidos y tradicionales que novedosos (I. Fox, 1997). Nadie se ha planteado cómo los españoles llegaron a serlo, o cómo llegaron a ser ciudadanos españoles los súbditos catalanes, vascos o canarios de la monarquía del Antiguo Régimen. Las aproximaciones al surgimiento y difusión de la historiografía nacional española que acompaña a la construcción del moderno Estado-nación tienen más entidad, pero se practican desde la metodología pulcra y exigente que es propia al nivel investigador de los estudios sobre historia de la historiografía, una disciplina minoritaria pero sujeta a pautas investigadoras de carácter internacional; sus resultados son absolutamente desmitificadores de las falsedades o mitos históricos puestos al servicio de la construcción nacional, aunque su propósito, la reconstrucción de las categorías historiográficas en cada momento, es bastante más ambicioso que todo esto (I. Peiró, 1995).

La profusión de estudios sobre los fundamentos culturales e históricos de los nacionalismos alternativos al español, la perplejidad producida

por el hecho de que el término «españolista», por sus connotaciones negativas, haya desaparecido de los usos habituales del lenguaje castellano (iun cuarto de siglo después del final del franquismo!), mientras sus correlatos de «catalanista»>, «galleguista», «andalucista», etc., gozan de buena salud política y cultural, han llevado a algunos a recordar los orígenes liberales del nacionalismo español (J. Varela, J. Fernández Sebastián, 1994). El parto gaditano de la Constitución de 1812 fue anunciado con aquel «Españoles, ya tenéis patria»>, con un sentido muy parecido a lo que modernamente ha definido Habermas como «patriotismo constitucional»; por «Patria» se entendía una ley común para la «Nación», un nuevo sujeto político compuesto por ciudadanos con derechos iguales e individuales, independientes de su religión, lengua, condición jurisdiccional o territorio. Esa tradición de nacionalismo español liberal y democrático se ha continuado hasta hoy encauzada por el progresismo liberal, el radicalismo democrático, el republicanismo (A. de Blas, 1991), el socialismo, etc., y es lógico que se recupere para compensar el peso histórico de la versión más conservadora y esencialista del nacionalismo español que, en manos de los vencedores de la guerra civil, se convirtió en el alucinado nacionalismo católico imperial organizado por la dictadura franquista, un enemigo exterior tan útil para cualquier nacionalismo alternativo como inexistente en la actualidad.

Recordar los orígenes liberales y la versión democrática del moderno nacionalismo español puede conllevar la acusación de peligroso o tranochado jacobinismo, o la constatación de que revive el oculto nacionalismo español, pero resulta incontestable el hecho de que en la genealogía de otras conciencias nacionales identitarias alternativas se encuentran factores tradicionalistas, antiliberales y esencialistas no desdeñables. Fue la guerra civil y el franquismo quienes proporcionaron a los nacionalismos políticos vasco, catalán y gallego la mejor patente de legitimidad democrática, porque hizo verosímiles y reales los mitos sobre la ocupación y la opresión originarias, cuando otros nacionalismos minoritarios europeos, de Córcega a Croacia pasando por Bretaña o Lituania, se permitían coquetear con el ocupante nazi; y en la cultura franquista se encuentra el principal factor deslegitimador del nacionalismo español, prorrogado hasta hoy, cuando ya ha dejado de tener sentido ya combatir culturalmente sus viejas versiones integristas y esencialistas. También hay razones para sostener que hoy la conciencia nacional española presenta más signos de «laicismo» que otras identidades nacionalistas.



Considerar que la recuperación de la versión liberal y democrática del nacionalismo español, desde Argüelles hasta Azaña, esconde un inconfesado propósito de «rearme» españolista es un error que dista mucho de ser inocente, es un error interesado porque revela la comodidad con que navegan los nacionalismos alternativos contra un españolismo de yugos y flechas que, al no estar hoy extendido mayoritariamente en la sociedad española, es preciso inventar, o encontrar en cada vuelta del camino. Bien por el contrario, la reconstrucción de las tradiciones liberales nacionales españolas, elaboradas comunitariamente por élites de nuevos ciudadanos y antiguos súbditos de todos los rincones de la monarquía absoluta, resulta imprescindible para todos, porque es esa tradición la que permite entender el punto de llegada de la constitución política actual de la nación española, que para algunos puede ser un punto de partida, pero que, en cualquier caso, es un presente de convivencia constitucional cuya genealogía hay que explicar y cuyos orígenes no los vamos a encontrar en el rosario de dictaduras civiles y militares que plantaron su bota sobre el mapa nacional. Al igual que no sobra hoy, contra cualquier concepción «casticista» heredada, española, catalana, o extremeña, reflotar la vocación y larga tradición europeísta de un pensamiento español formulado desde los albores del Estado liberal, no casualmente, por quienes más próximos se hallaban a convicciones liberales, demócratas, republicanas y socialistas.

Volviendo a la historia y a la historiografía parece conveniente subrayar, frente a la intensa búsqueda de pasados diferenciados y de identidades remotas, que en la construcción de la moderna nación española y del primer nacionalismo liberal, participan, y no sin entusiasmo, élites de todas procedencias territoriales. En el pequeño y plácido escenario aragonés, cuando quienes consideran útil hoy actuar políticamente como nacionalistas echan mano del pasado, hay que recordarles que los referentes en que se apoyan, historiadores como Braulio Foz, Gerónimo Borao, Manuel Lasala..., pertenecen a una generación romántico-liberal inequívocamente orientada hacia la construcción del Estado, la nación y el nacionalismo español, por no hablar del proyecto nacional español del federalismo republicano o del regeneracionismo nacionalista español de Costa. Incluso cuando el nuevo espíritu romántico comienza a exaltar la diversidad etno-lingüística en Cataluña y el País Vasco, el énfasis en el particularismo permanece asociado a una concepción general de una nación española cuya existencia no se discute; lo que ha sido calificado como «rebelión de las regiones» en el fin de siglo, al igual

que el federalismo pimargalliano, lo que propone es un proyecto nacional español diferente. Se puede sostener asimismo que el primer nacionalismo catalán es un regeneracionismo. Ya fundada la Lliga Regionalista (1901), el discurso del Maragall joven es típicamente regeneracionista, en el que Cataluña no debía romper con España, sino ser la región que encabezara la regeneración del viejo Estado; las Bases de Manresa le habían parecido una estrategia equivocada, porque «el interés del egoísmo catalán estaría, no en desligarse, sino en ligarse, en ligar cada día más fuertemente a su producción el consumo de España toda; no en descentralizar, sino en centralizar procurando dominar el centro...» (1902, cit., l. Fox: *op. cit.*). La cuestión consiste, también históricamente, en un anticastellanismo, pues lo que se ha acabado es la función directora de la nación atribuida a Castilla que necesita ser sustituida. Por direcciones parecidas había ido también el discurso de Amiral: *España tal como es* (1889) tiene un talante nítidamente regeneracionista de una nación que se propone construir sobre nuevas bases. Posteriormente, Solidaridad Catalana despierta adhesiones y entusiasmos en personas como Maragall, que siguen «buscando más bien un replanteamiento de la identidad nacional (española) desde la perspectiva que le parecían abrir los primeros éxitos de esa misma Solidaridad Catalana» (C. Serrano, 1998).

Estos planteamientos, en el fin de siglo, distan mucho de ser unas aportaciones específicas de una Cataluña progresivamente incómoda en el Estado español tras el 98, pues están presentes en todas las «almas» territoriales (asturiana, andaluza, valenciana, gallega...) de un «almario» español que había que recomponer. Los aragonesistas residentes en Barcelona, que se autodefinen nacionalistas aragoneses por contagio, nunca niegan la realidad de España y de la nación española. De lo que se trata es de regenerarla por la vía del federalismo y de la constitución política de las regiones; apoyan el proyecto de Estatuto catalán de 1919, pero «hubieran revuelto sus plumas si hubieran visto el más insignificante átomo de política de odio y separación». A pesar de su tardía retórica regeneracionista y de sus entusiasmos nacionalistas, «la realidad geográfica y espiritual de España es un axioma. Lo que nos separa de los patrioterros es la interpretación de España», y la interpretación va por los conocidos caminos del federalismo y del liberalismo. Cuando en 1919 Alfonso XIII acude a la celebración del Centenario de Covadonga, se protesta con vehemencia del olvido de la otra «cuna de la nacionalidad española», San Juan de la Peña, o se

afirma orgullosamente que los fundadores de la nación española fueron «los aragoneses y los asturianos, secundados más adelante por los catalanes y castellanos» (C. Forcadell, 1998). La nación y el nacionalismo español han tenido muchos padres y madres, y, como ya advirtiera Hobsbawm, «los historiadores son los recordadores profesionales de lo que sus conciudadanos desean olvidar», tarea exactamente opuesta a la de cualquier mensaje nacionalista que mezcla, por definición, la invención con el olvido.

Un análisis de los mitos y ficciones fundantes del nacionalismo español ha de partir necesariamente de la invención de la Historia de España que se lleva a cabo durante los años del moderantismo isabelino, que proyecta hacia atrás la nueva nación y retrotrae a un pasado imaginario la intocable idea de la unidad religiosa, política, cultural y lingüística de España. Los tomos de la *Historia General de España* de Modesto Lafuente, desde 1850, codificaron el nuevo nacionalismo historiográfico español, escudriñaron los remotos orígenes de una nación que desaparecía durante la Edad Media para resucitar después afortunadamente, imaginaron obsesivamente toda clase de factores y precedentes históricos de la unificación que el nuevo Estado liberal estaba organizando y suministraron los esquemas que necesitaba la perspectiva nacionalista burguesa desde mediados del XIX (P. Cirujano y otros, 1985). Las siguientes historias de España siguieron este modelo, independientemente de las posiciones ideológicas que las sustentaran. El sobredimensionamiento del papel histórico de Castilla fue pronto criticado por historiadores catalanes y aragoneses, compitiendo desde las mismas categorías historiográficas para que fuera reconocida una mayor presencia de otros territorios en la construcción de la nueva Historia General de España.

Otra inexcusable referencia en la elaboración del nacionalismo historiográfico español fue la planificación de una nueva Historia General de España que emprende ambiciosamente Cánovas en el verano de 1886, pues, aunque inacabada, pretendió sustituir la presencia de Lafuente en los salones de las élites y de las clases medias ilustradas, difundir una historia de España más adecuada a los valores políticos y culturales representados por el nuevo Estado español restaurado, y utilizar la competencia y el concurso de unos historiadores académicos más profesionalizados historiográficamente. El proyecto acabó con la muerte de Cánovas, después de editar 15 volúmenes, y refleja una visión historiográfica tradicional, que incluye una versión conservadora,

centralista y castellanizante del nacionalismo español, pero también suficientemente adecuada a los cánones profesionales y científicos de la época. Por otra parte, los historiadores opuestos al sistema canovista, desde el republicanismo, el carlismo, el krausismo, etc., podían tener una visión distinta a la de la historiografía oficial, pero en nada diferente de unos planteamientos nacionalistas comúnmente compartidos (I. Peiró, 1998).

Regeneracionismo, noventaiochismo, la obra de Altamira y la de Menéndez Pidal, las especulaciones en torno al problema de España y al «carácter nacional», configuran el último capítulo de un nacionalismo historiográfico español que, aun siendo sospechoso por liberal, fue remodelado hasta la deformación por un nacionalcatolicismo franquista que, en sus manifestaciones más extremadas, llegaba a escribir en textos escolares cosas como que «los mineros de Asturias se sublevaron, como los antiguos bárbaros de hace miles de años. Los catalanes también se apartaron de España, y los vascos», o que «sólo hablar en español era hablar en cristiano» (E. Giménez Caballero, 1943).

Sin olvidar que, durante el franquismo, Vicens Vives, Carande, Domínguez Ortiz, Maravall, Vicens, Reglá, 10ver, Artola, etc., liberaron a la historia nacional española de sus lastres historicistas, zanjaron las polémicas sobre el carácter nacional y la España eterna, y marcaron, en definitiva y por primera vez, las diferencias entre el patriotismo como virtud y la historia como ciencia, parece oportuno subrayar, también contra el olvido, cómo los mitos nacionalistas españoles originarios fueron, en buena medida, mitos compartidos por el conjunto de los historiadores del «Estado español», antes de ser funcionalmente imitados o sustituidos para constituir identidades diferenciadas. También es necesario tener en cuenta que, como recuerda C. Martínez Shaw (1998) mientras se escriben estas líneas, «si algo caracteriza a la mejor historiografía escrita en Cataluña a lo largo del siglo xx es la permanente fidelidad a la dialéctica entre el pasado del Principado y la historia de España concebida en su conjunto».

Cánovas encargó a Víctor Balaguer el volumen dedicado a los Reyes Católicos, y el entusiasmo del viejo progresista catalán por la unidad nacional que la reina castellana y el rey aragonés llevaron a cabo no desmerece en absoluto en el conjunto de la Historia General de España de la Restauración. Balaguer era el autor de la primera *Historia de Cataluña y de la Corona de Aragón* (1860), que, lejos de ser ningún precedente de la historiografía nacionalista catalana, representa una

concepción nacionalista española tan compartida que puede llegar a escribir: «España, por su posición geográfica señalada y por sus límites patentes, parece incontestablemente destinada a contener un pueblo único, reunido en cuerpo de nación», prácticamente las mismas palabras que Modesto Lafuente colocaba en la introducción a su historia diez años antes. Las diferencias están en que Balaguer, frente a una España centralizada, prefiere una España federal o confederada. Años después, la *Historia de Cataluña* de Bofarull (1876) compatibiliza «el recuerdo y la exaltación del glorioso pasado catalán con la indiscutible españolidad del presente», pretendiendo que Cataluña tuviera en la historia general de España el lugar que no tenía (P. Anguera, 1998).

Los historiadores académicos catalanes de fin de siglo son ideológicamente tan conservadores como los madrileños, con los que comparten tanto el método erudito positivista como la ideología conservadora. Proponen una visión del pasado nacional diferente, defensora del carácter particular de lo catalán y recelosa de la visión «castellanista», pero conciben la historia de Cataluña como una parte complementaria de la historia de España, y no como una historia alternativa diferenciada. El discurso de recepción leído por F. Ubach en la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona (1888), a la vez que critica al P. Mariana y a Lafuente, insiste en recordar los episodios históricos que demostraban la participación catalana en la «unidad nacional» y manifiesta «los temores de una historiografía preocupada, no sólo por el redescubrimiento de las señas de identidad históricas de Cataluña, sino porque éstas fueran reconocidas en el contexto general del pasado nacional» (1. Peiró, 1998).

La Historia de Cataluña era parte integrante e indisoluble de la de España, como la de Aragón, Valencia, Galicia... La idealización de mitos medievales característica de la historiografía decimonónica cumple más la función de suministrar modelos originarios a la nación española que la de resaltar los particularismos territoriales. Padilla, los Comuneros castellanos, Juan de Lanuza, Clarís, ya reunidos en la exaltación patriótica de la *Oda* de Quintana, son artefactos ideológicos del liberalismo español. Las «antiguas libertades» inventadas son, en realidad, las nuevas libertades buscadas, pero no las de catalanes, aragoneses y valencianos, sino las de los ciudadanos españoles, y las de la nación española a la que se proponen como modelo regenerador crítico de la Restauración.

Los historiadores aragoneses, en vísperas de la revolución de 1868 y de la elección por el pueblo soberano de Amadeo de Saboya, rein-

terpretan la historia de Aragón en función de ese presente, lo cual les lleva a afirmar para el viejo Reino de Aragón la condición de monarquía constitucional y paccionada, a poner énfasis en unas inventadas libertades medievales, en las tradiciones pactistas y en la limitación de los poderes reales. Felipe II y Felipe V se convierten en trasuntos de los adversarios reales, Fernando VII o Isabel II. Pero este discurso, amplificado por los historiadores de fin de siglo y por cualquier especie de aragonésismo político, está construido en clave nacional española, de tal modo que es la historia de Aragón la que suministra ejemplos y tradiciones para el liberalismo español, como luego reclamará ser tenida en cuenta como modelo a la hora de transformar las bases del liberalismo oligárquico de la Restauración y de regenerar a la nación. La historia de España se construye desde los mismos presupuestos; Fernández de los Ríos (1863) piensa que es un error considerar importado del exterior el concepto de soberanía nacional, pues «una ojeada por la gloriosa época del nacimiento de nuestra nacionalidad conduce a demostrar que España no cede a ningún país de Europa en amor a la libertad, que los precedió a todos en la práctica de instituciones representativas...».

Llegados a cierto punto parece existir cierto consenso en que los mitos y discursos legitimadores de cualquier tipo de nacionalismo son inventos y construcciones culturales elaboradas por los nacionalistas. Los historiadores profesionales, en cualquier lugar, se han ocupado suficientemente de ello, aunque también tienen la obligación de explicar por qué estos mitos históricos originarios han funcionado o funcionan social y políticamente en algunos casos y en otros no. El antropólogo de origen catalán I. R. Llobera (1996) ha dedicado un libro a sostener la tesis, perfectamente discutible, de que los nacionalismos modernos sólo pueden tener éxito si están arraigados «etnoculturalmente» en el pasado medieval.

Un ejemplo de una historiografía reivindicativa contra la historia general de España, y también contra la historiografía catalana, nos lo proporcionan los historiadores aragoneses que, desde los lamentos regeneracionistas sobre un presente incómodo, proyectan una evasión hacia el pasado según la cual la desaparición de la «personalidad» de un Aragón «democrático» se debe al mal rey que fue Felipe V, pero la verdadera «decadencia» de Aragón es anterior, pues tuvo el privilegio de ser el primer territorio al que se le arrebataron sus instituciones cuando Felipe II decapitó a Juan de Lanuza, el adelantado

Casanova aragonés. Pero el soñado Aragón irredento hunde sus raíces todavía más atrás, cuando la monarquía aragonesa se unió a la castellana con el matrimonio de los Reyes Católicos; otros se van más lejos, al Compromiso de Caspe, modélico por el método (acuerdo), pero nefasto por el resultado, la entronización de un rey castellano en la Corona. Tampoco escasean las quejas sobre Jaume I, que favoreció más los intereses de Cataluña que los de Aragón, etc.; en este caso, la mítica «Edad de Oro» sobre la que proyectar los sinsabores del presente casi desaparece y la «personalidad de Aragón» comienza a erosionarse de modo simultáneo a la constitución del Reino, fehaciente demostración de que se está inventando la historia de un país que nunca existió, como suelen hacer, con más o menos fortuna, todas las historias imaginadas concebidas al servicio de causas nacionalistas. En este caso los mitos históricos no han calado socialmente, aunque no ha dejado de intentarse, ni han llegado a funcionar como instrumentos de ingeniería política.

Los problemas de la enseñanza de la historia en los niveles medios no parecen venir de la presencia de un nacionalismo españolista, más o menos oculto, cuyos mitos originarios se han ido erosionando y desactivando constantemente desde hace tres décadas, entre otras razones porque algo así como el 80 o el 90 por 100 de los docentes en la enseñanza secundaria o universitaria son nacidos entre 1940 y 1970, han tenido oportunidad de padecer estos mitologemas en carne viva y se han formado reaccionando contra ellos. Y este dato tiene más repercusión que las normas que el legislador establezca, aunque no sobraría que estas normas procuraran adecuarse a nuestro tiempo historiográfico y eludieran inercias. No es demasiado afortunado insistir en el carácter «unitario» del pasado de la sociedad española si se sabe que toda la originaria y caduca Historia de España, puesta en pie durante el siglo XIX y prorrogada por la versión integrista del nacionalismo español, buscó obsesivamente elementos de «unidad» y de centralización, inventados, condenando al olvido y a la desaparición toda clase de diferencias culturales y sociales, como no es difícil evitar conceptos ahistóricos como el de «España Romana», «España Medieval», «España de los Austrias», cuando la historiografía ha demostrado hasta la saciedad que se puede y se debe hablar, en todo caso, de «Reinos peninsulares» en la Edad Media, cultura cristiana y cultura musulmana, etc. Claro que el precio de la racionalidad exige la coherencia de contemplar críticamente, aunque sea con talante piadoso, el uso

y la instrumentalización de expresiones como la de «Cataluña milenaria», o la eterna Euskadi, o los frecuentes despropósitos educativos que se le pueden ocurrir repentinamente a cualquier Consejería territorial de Educación y Cultura.

La asignatura obligatoria de Historia de España en segundo de Bachillerato, aparte de las distintas valoraciones que pueda suscitar el mero hecho de su existencia, deja una libertad de programación suficiente y el peligro nacionalista no resulta visible en sus contenidos y programación. Sí que parece, por el contrario, una legitimación del presente bastante ingenua sugerir como temas y contenidos principales el desarrollo económico (porque España está suficientemente desarrollada), la configuración del Estado democrático «con la progresiva instalación pacífica de la democracia» (porque España es una democracia), y «España en el mundo», para resaltar la inserción internacional de la sociedad y el Estado españoles. Parece un final feliz de la historia de España, una España que ya iba bien cuando el legislador socialista se planteó la reforma del sistema educativo. La historiografía española reciente ha transitado principalmente por la vía de la comparación inter-europea de procesos históricos y sociales significativos, lo cual es particularmente visible en los estudios más avanzados de historia económica, historia agraria, historia social, historia urbana..., y todavía ha frecuentado más la reducción de la escala a lo local, comarcal y territorial y la observación de procesos de estructuración social diferenciados, por lo cual se encuentra en buenas condiciones para aconsejar a los «guardianes educativos» el nuevo tipo de Historia de España que es exigible partiendo de la realidad actual de un Estado profundamente transformado a lo largo de los últimos veinte años. Ciertamente todavía no está resuelto el problema de «construir una historia que sea congruente con la actual estructura político-territorial española en la que el pluralismo cultural y la diversidad de experiencias históricas no queden ocultadas por el protagonismo de la monarquía o del Estado central» (M. Villares, 1988), pero el control de ese problema será mejor gestionado desde el escenario profesional que desde el escenario político, escenarios diferentes, aunque nadie sea tan ingenuo como para no percibir lo tangentes que pueden llegar a ser.

En cualquier caso, carecemos de sentido como comunidad profesional si no advertimos de lo trasnochado que está cualquier intento de utilizar la historia como instrumento de persuasión o de formación nacional, si no acertamos a transmitir a los «guardianes» de las com-



petencias educativas, estatales o autonómicos, españoles, andaluces, vascos o castellanos, que las diversas y plurales disciplinas que contribuyen al avance del conocimiento histórico tienen hoy poco que ver con la misión de reforzar las identidades territoriales y que la comunidad de los historiadores profesionales dispone de suficientes instrumentos para impedir manipulaciones de la historia que no son de recibo hoy en ninguna comunidad científica internacional.

Así pues, visto el desarrollo y la situación de la historiografía española reciente, y si nos situamos en el plano estrictamente profesional, no parece haber motivos racionales para temer adoctrinamientos nacionalistas de ningún tipo. Si los historiadores fuéramos, como antaño, los «guardianes de la historia», pocos temores asomarían en el horizonte, dado el carácter cada vez más «desnacionalizado» de la historiografía y de la investigación histórica actuales: no somos ni tenemos por qué ser guardianes de nada, sino constructores del tipo de saber y de conocimiento histórico exigible en nuestro tiempo, que no pasa, desde luego, por unas vías nacionalistas hace tiempo abandonadas. Pero los nacionalismos se componen también de sentimientos y de emociones, como señala M. Guibernau (1996) en un libro que, dedicado a Gellner y prologado por S. Giner, acaba sosteniendo lo contrario de sus ilustres mentores, en el que advierte que la comprensión del nacionalismo exige el reconocimiento de «su dimensión irracional y su vinculación al mundo de las emociones y de la irracionalidad». Aquí, llegados a tal punto, privados de razones, nos tenemos que callar.

## Bibliografía

- ANGUERA, P. (1993): "Dossier "El finil de la discòrdia. Six raons sobre la Historia"», *L'Aveng*, núm. 175.
- (1995): «Sfide e reallá della storiografía catalana contemporánea», *Memòria e Ricerca*, Cesena.
- (1998): "Nacionalismo e historiografía en Catalunya. Tres propuestes de debate», *Nacionalismo e Historia*, pendiente de publicación, Zaragoza.
- CIRUJANO, P., Y otros (1985): *Historiografía y nacionalismo español 1834-1868*, Madrid.
- DE BLAS, A. (1991): *Tradición republicana y nacionalismo español*, Madrid.
- DE LA GRANJA, J. L. (1995): «La historiografía española reciente: un balance», *La Historia, a debate*, C. BARROS (ed.), vol. I, Santiago de Compostela.
- DE RJQUER, B. (1990): "Sobre el lugar de los nacionalismos-regionalismos en la historia contemporánea española», *Historia Social*, núm. 7.

- FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS (1863): *Olózaga 1808-1863*, Madrid.
- FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, J. (1994): «España, monarquía y nación. Cuatro concepciones de la comunidad política española entre el Antiguo Régimen y la revolución liberal», *Studia Historica*, vol. 12, Salamanca.
- FORCADELL, C. (1996): «La fragmentación espacial en la historiografía contemporánea: la historia regional/local y el temor a la síntesis», *Historia Contemporánea*, núms. 13-14, Salamanca.
- (1998): «Las fantasías históricas del aragonismo político», *Nacionalismo e Historia*, VVAA (pendiente de publicación), Zaragoza.
- FOX, I. (1997): *La invención de España*, Madrid.
- GIMÉNEZ CABALLERO, E. (1943): *España nuestra. El libro de las juventudes españolas*, Madrid.
- GUIBERNAU, M. (1996): *Los nacionalismos*, Barcelona.
- HOBSBAWM, E. (1998): *Sobre la historia*, Barcelona.
- LLOBERA, I. R. (1996): *El Dios de la modernidad. El desarrollo del nacionalismo en Europa occidental*, Barcelona.
- MARTÍNEZ SHAW, C. (1998): «La Historia vista desde Cataluña», *El País*, 14 de marzo de 1998.
- NOIRIEL, G. (1997): *Sobre la crisis de la Historia*, Valencia.
- PEIRÓ, I. (1995): *Los guardianes de la historia*, Zaragoza.
- (1998): «La reconstrucción de la historia de España desde el punto de vista nacional», en *Nacionalismo e Historia*, VVAA, pendiente de publicación, Zaragoza.
- SERRANO, C. (1998): «Conciencia de la crisis, conciencias en crisis», en I. PAN MONTOJO (coord.): *Más se perdió en Cuba: España, 1898 y la crisis fin de siglo*, Madrid.
- VARELA, I. (1994): «Nación, patria y patriotismo en los orígenes del nacionalismo español», *Studia Historica*, vol. 12, Salamanca.
- VILLARES, M. (1998): «Per fi, la Historia (i el decret d'humanitats)>>», *L'Aveng*, núm. 223.